Los Contemporáneos

ELLAS y ELLOS
ó ELLOS y ELLAS

NOVELA DE

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)

Ilustraciones de J. ZAMORA

2 DE JUNIO DE 1916 NÚM. 388

EDICION ECONOMICA 20 cénts.

Los Contemporáneos

SE PUBLICA LOS VIERNES

Publica novelas cortas de los mejores autores, lujosamente ilustradas, en negro y colores, por renombrados dibujantes.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

CALLE DE FERRAZ, NUM. 82, MADRID

Teléfono 4.539 Apartado de Correos 216

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pts.

Semestre 6,50 pesetas. Año 12

Extranjero: Semestre 10 ptas. Año 18

NÚMERO SUELTO

Edición de lujo, 80 céntimos.

Id. económica, 20 céntimos.

Anuncios: pídase tarifa.

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia sobre ellos y sólo se admitirán los solicitados por la Dirección.

LA ORTOPEDIA MODERNA

CESAREO ALONSO

ORTOPÉDICO DEL INSTITUTO RUBIO, PREMIADO EN VARIAS EXPOSICIONES

GRAN CASA CONSTRUCTORA

Teléfono 2.415 MADRID Fuencarral, 104

FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo, 12, CAPELLANES, 12, Precio fijo.

LOS MUCHACHOS SEMANARIO INFANTIL :-: :-: CON REGALOS :-: :-:

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLANTICA

Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 2 y de Montevideo el 3.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Servicio mensual saliendo de Génova el 21, de Barcelona el 25, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30. para New-York, Habana, Veracruz y Puerto Méjico. Regreso de Veracruz el 27 y de Habana el 30 de cada mes.

Línea de Cuba-Méjico.

Servicio mensual saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 19, de Gijón el 20 y de Coruña el 21, para Habana, y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña y Santander.

Línea de Venezuela-Colombia.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, y La Guayra. Se admite pasaje y carga con trasbordo para Veracruz, Tampico. Puerto Barrios, Cartagena de Indias, Maracaibo, Coro, Cumaná, Carúpano, Trinidad y puertos del Pacífico.

Línea de Filipinas.

Trece viajes anuales, arrancando de Liverpool y haciendo las escalas de Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz y Cartagena, para salir de Barcelona cada cuatro viernes, ó sea: 7 Enero, 4 Febrero, 3 y 31 Marzo, 28 Abril, 26 Mayo, 23 Junio, 21 Julio, 18 Agosto, 15 Septiembre, 13 Octubre, 10 Noviembre y 8 Diciembre; para Port-Said, Suez, Colombo, Singapore, Ilo Ilo y Manila. Salidas de Manila cada cuatro martes, ó sea: 25 Enero, 22 Febrero, 21 Marzo, 18 Abril, 16 Mayo, 13 Junio, 11 Julio, 8 Agosto, 5 Septiembre, 3 y 31 Octubre, 28 Noviembre y 26 Diciembre, para Singapore y demás escalas intermedias que á la ida hasta Barcelona, prosiguiendo el viaje para Cádiz, Lisboa, Santander y Liverpool. Servicio por trasbordo para y de los puertos de la Costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Fernando Póo.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 2, de Valencia el 3, de Alicante el 4, de Cádiz el 7, para Tánger, Casablanca, Mazagán, (Escalas facultativas), Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo el 2, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Servicio mensual saliendo de Bilbao y Santander el 12, de Gijón el 13, de Coruña el 14, de Vigo el 15, de Lisboa el 16 y de Cádiz el 19, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el 12 para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Lisboa, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo. servidos por líneas regulares.

PIANOS

AUTOPIANOS y HARMONIUMS de las mejores marcas, al contado y á plazos. Unica casa en PIANOS de verdadera ocasión, garantizados, desde 70 duros. Alquileres desde 10 pesetas. Afinaciones y reparaciones.—TELÉFONO 5.400.

CASA ALONSO

Fundada en 1865

22, VALVERDE, 22

CARMEN DE BURGOS

(Colombine)

ELLAS y ELLOS ó ELLOS y ELLAS

I

El salón de fiestas del Magestic estaba espléndido aquella tarde. Casi todas las mesitas se hallaban ocupadas, se formaban animadas tertulias, el *te dansant* servía de pretexto de la reunión. Era el único sitio donde se mezclaban sin escándalo algunas aristócratas y pretensiosas burguesas de la clase media, que, á su vez, consentían la aproximación de una sociedad decadente de artistas y mujeres de moda, en las que el éxito disculpa los atrevimientos.

Gracias á la libertad que consentía aquella reunión, que los asistentes consideraban la suma de la distinción, con sus ribetes de pecaminosa y atrevida, la animación crecía cada día más; los cambios de sitio, las presentaciones fáciles, el baile, el paseo, los grupos que se cambiaban y se renovaban rompía la etiqueta fría y severa de las reuniones habituales. Allí, cada cual se sentía dueño del salón, sin la responsabilidad del dueño y sin tener que ocuparse de hacer los honores á los demás. Se mezclaba la escasa sociedad cosmopolita que se detiene en España y era como un soplo de extranjerismo, de modernidad; algo como la soltura que se adquiere al pasar la frontera y hallarse en un mundo más tolerante.

Sin embargo, las calles españolas estaban cerca. Las calles en que se mataría el que pasa por el pecado de su limpieza ó de su extravagancia; las calles mal empedradas, con casas de cara mal lavada; de tejados roñosos, semejantes á cabezas descuidadas.

Fuera había un ambiente rígido, hambriento, desesperado, ineducado, hostil, que acosaba al gran hotel y que parecía espesarse á su alrededor.

En el recinto se vivía de otro aire, de un aire que parecían traer los directores del hotel de sitios lejanos, de espacios más libres. En las afueras era como si estuviese estacionada, esperando la salida de las gentes excéntricas que en él se reunían, una humanidad de mala calaña, deseosa de tundirlas ó de burlarse de ellas.

Los grandes sillones ocultaban á los hombres que desaparecían en el fondo de ellos, destacándose sólo las piernas, como si fuesen dos extremidades del sillón. Así, en aquellos sillones, los hombres sentían una especie de ansia de transformarse definitivamente, de tener siempre la languidez de aquellos sillones. Poco á poco algunos se habían ido convirtiendo en "hombres-poltronas" en cómodos y estúpidos sillones de piel humana.

La luz era excesiva con tan gran profusión que parecía ser como una exagerada vigilancia para no dejar pasar ni una mancha, ni una disimulada grieta en un zapato, ni la desvergüenza de un traje cursi ó *fané*. Así se veían algunas tímidas mujeres y algún arrivista no muy lucido, tomar un gesto así parecido al de quien se oculta, encogiéndose, replegándose, yendo como á hacerse esa bolita negra y sin fisonomía en que se pliegan algunos insectos. A algunos se les veía pasar entre la concurrencia como presos á los que llevasen atados y avergonzados por allí en medio, con las manos trabadas fuertemente y los pies trabados

también, dándoles un aspecto de galeotes, atrozmente cohibidos. A veces, sin embargo, se veía la cabeza gallarda de algún desastrado que no se avergonzaba de su falta de elegancia que él mismo conocía y que no obstante arrostraba todas las responsabilidades siendo el que más miraba á la marquesita de intachable tocado y de joyas deslumbradoras la cual no se sabía si por sentir la voluptuosidad divina de ser deseada por un pobre con deseo de joyas, de alma y de carne, ó por sentirse próxima á ser robada era al que más miraba, al que más correspondía entre todos. Ante esos audaces desastrados los tímidos abrían demesuradamente los ojos, se arrepentían de ser como eran, pero no podían ser de otro modo.

Había gentes divertidas y variadas que completaban todo un programa de circo. Había el que *no podía pasar* por el paso de alfombra blanca porque temía mancharla; había el empedernido que estaba durante toda la fiesta con el palillo entre los dientes y hasta cuando fumaba tenía en una comisura el palillo y en la otra el cigarro; había el rastacuero que enseñaba unos calcetines calados, tan calados que por entre ellos surgían los pelos como si el calcetín calado fuese la piel poblada y negra de un animal; había el que enseñaba las orejas de las botas de las que tiraban con burla todas las miradas, porque estaban tentando á esa broma las pobres grotescas orejas; había la señorita disimulada que de vez en cuando se limpiaba los zapatos contra el revés de sus piernas, enguantadas con finas medias; había la que saludaba al criado para pedirle cualquier cosa con un gesto de pavana; había las extranjeras rubias y morenas, que no se sabía de qué color eran, bajo la capa de pintura; había esas mujeres de hotel, que parecen de raza distinta, con los labios pintados, los ojos pintados, las manos miniadas; esas mujeres de gran sombrero ó gorrita ceñida, siempre de moda exagerada, que son como la decoración ó el mobiliario del hotel.

De vez en cuando, la llegada de una figura muy conocida causaba una sensación y una espectación general. Allí charlaban, reían y hacían gala de su ingenio las que tenían la costumbre de asistir con frecuencia, sin perder nunca el día de moda, con el atractivo de lucir un nuevo traje ó un nuevo prendido para deslumbrar á las amigas.

Muchas señoritas modestas hacían esfuerzos por alternar imitando cómicamente las modas audaces; y algunas enriquecidas aprovechaban la ocasión de ostentar sombreros y vestidos lujosos, adquiridos sin selección y llevados sin armonía.

Cerca de la puerta, al lado de una de las mesillas, había una dama, de ojos grandes y cara cuadrada, que hablaba alto, saludaba familiarmente á casi todos los que entraban y afectaba un aire altivo y desdeñoso, como si se dignara descender hasta aquel medio por una tolerancia excesiva.

—¡Aumada! ¡Aumada!—exclamó al ver entrar en el salón á un caballero, vestido de negro, alto, con aspecto de galgo, avispado y ligero, á pesar de sus sesenta años y su cabello gris.—Venga á hacerme compañía.

El caballero se volvió y, algo contrariado, se dirigió hacia la dama besándola con ceremonia la mano regordeta, apretada fuertemente en el guante.

—¿Cómo tan sola?

—Elvirita, baila... la pobre niña no encuentra nunca aquí pareja—bajando la voz y confidencial:—ya sabe usted la gente que viene... no suelen ser de nuestro mundo y de nuestra clase...; hay que contemporizar, so pena de aburrirse como una ostra... Siéntese aquí, á mi lado; ¿quiere té?

—Gracias, no lo tomo nunca.

Sonrió la dama:

—Es curioso...; en estos tés, es el té precisamente lo que nadie toma...; verdad que no tiene nada de selecto...; pero... aquí viene Elvirita.

—¿Con Juanito Miraflores, tal vez el futuro yerno?

—¡Bah! Juanito es tonto.

Una de las parejas vino á acercarse á la mesa. Ella era una joven de unos veintiocho años, alta, con movimientos angulosos, duros, un cuello largo, una cara bobalicona, de ojos grandes, saltones; de miope, unos ojos de gran globo y poco párpado, con escasas pestañas, que le daban un aspecto parado y candoroso. Tenía las manos grandes y unos enormes pies de tobillo ancho, los cuales lucía bajo la falda corta y hacía resaltar más con una media blanca.

—¿Te has divertido, hija mía?—preguntó la madre con cariño.

—Mucho.

Pareció conmoverse la dama por frase tan vulgar, y exclamó emocionada:

—¡Es de una inocencia!

Juanito tuvo un gesto de asentimiento, sin descomponer la sonrisa que se había hecho en los labios para toda la tarde, ni estropear la actitud correcta de muñeco automático, vestido de smokin.

Dos señoras acababan de entrar en el salón acompañadas de un jovencito. Al pasar cerca de la mesa saludaron con marcada frialdad:

—¿Cómo—preguntó el señor de cara de galgo,—no siguen ustedes en la intimidad de la Baronesa, Loreto?

—¡Oh!—dijo la dama.—Siempre que va con esa amiga apenas nos saludamos...; ya sabe usted lo que se murmura; y teniendo una hija tan inocente.

Las dos recién llegadas habían ido á ocupar una mesa de enfrente; sus figuras formaban un extraño contraste con la del jovencito que las acompañaba. Adela, la Baronesa, era una mujer flexible, de mediana estatura, morena, con dientes de loba, muy blancos, en una boca firme y voluntariosa. Ofrecía una agradable impresión de fuerza, de salud, con un aire varonil; de mirada burlona, audaz, dominadora, algo irónica, como llena de confianza en sí misma.

Apenas se hubo sentado cruzó las piernas y encendió un cigarrillo. Su amiga, una bella morena, de labios rosados y semblante fresco, se sentó enfrente. Entre las dos se destacaba la figura del jovencito, más débil y delicado que ellas, con su

tez fresca y rosada bajo la capa de colcrean y polvos mal disimulada, y la cabellera rizosa.

—Allí están las de Sánchez—dijo el joven, después de saludar á doña Loreto y á su hija.—¿Las has visto, Adela?

—Sí...; pero no quiero nada con ellas... No quiero tener la décimasexta pelea...; son insoportables...—contestó la Baronesa.

—Ahora se visten bien... y Loreto no habla ya mal de su marido... Dice que es un ideal de finura, que jamás en su casa lleva el sombrero puesto... ni fuma... ni escupe... ni ninguna de esas cochinadas.

—Porque lo hace en casa de la querida... y hace bien; su mujer es un tratado de urbanidad inaguantable.

—Como que él dice que todas las mañanas se toca la cara para ver si le ha nacido la barba, como á un abuelo suyo que fué general.

Todos se rieron del chiste. Empezaba el preludio de un vals; el joven se levantó.

—¿Quieres bailar, Adela?

—No; baila con Rosa, Adolfo.

—Ya sabes que me la puedes confiar sin peligro.

Rosa se puso de pie y se apoyó en el brazo de Adolfo, para alejarse cadenciosamente en el compás de aquel vals, en el que su pareja mecía el cuerpo con un cantoneo rítmico y lleno de blandura, más femenil que el suyo.

Un hombre alto, bien formado, muy elegante, entró en el salón precediendo á una mujer estrepitosamente vestida con una túnica verde ceñida al cuerpo, que se le enredaba entre los pies con la larga cola de serpiente, y un alto sombrero muy ajustado y empenachado. De sus hombros pendía un velo transparente, bordado de flores doradas, que se envolvía en torno de la figura de una manera movible y cambiante. Sus manos, desenguantadas, de dedos largos, con uñas carminadas, iban cubiertas de anillos, y al andar sonaban entrechocándose eslabones de sus cadenas, collares y brazaletes con un ruido de metal; entre la ola de perfume de benjuí, ese incienso mundano de los ritos amorosos de Oriente.

—La bailarina Elsa y el vizconde Julio—se oyó decir en todos los grupos.

Los dos pasaron, ufanos de la expectación que despertaban y como gozándose en su popularidad.

—¡Es atrevimiento el de este muchacho, presentarse así con esa mujer—observó doña Loreto, mientras dirigía un saludo al joven que se había calado el monóculo para mirarla.

Entretanto, Adela había abierto los impertinentes y miraba con insistencia procaz á una jovencita rubia, delicada, frágil, modestamente vestida de azul, que, sentada sola ante su mesa, se ocupaba de dar el chocolate á un niño rubio y débil, como un pajecito de la decadencia. La joven se ruborizaba y enrojecía cada vez que tropezaban sus ojos con los ojos de Adela.

Loreto llamó la atención de su compañero, como si desempeñase á su lado el papel del *coro* de las comedias chinas que tiene que presentar á los personajes.

—Tiene buen gusto—observó el señor Aumada;—es un perfil virginal, de Donatello.

—Pues, ahí donde usted la ve, con su cara de mosquita muerta, es de cuidado. Le llaman la *Sirena* por el arte que tiene para seducir á sus amigas...; pero, aquí viene mi hija..., no hablemos más de esto..., es tan inocente...; pasa entre todo sin ver nada...; y la verdad es que no debería permitirse esto.

—Entonces, señora, se habría quitado el gran atractivo de la reunión; si las damas no tuvieran de que escandalizarse un poquito, se aburrirían... este aroma de pecado las tonifica. Vea usted qué defraudadas se marchan los días que no vienen todos estos.

Elvirita llegaba agitada, animada por la danza, y en sus ojos convexos y fijos, sobre los que parecían resbalar todas las imágenes, había un rayo de luz.

—Mamá; vamos á ver la exposición de trajes que hay en el "Hall". No te inquietes.

Sin esperar respuesta desapareció.

—¡Qué chica!—exclamó Loreto, contrariada.—Si estas gentes la vieran salir sin mí del salón, ¡para qué queríamos más! Acompáñeme, amigo mío.

Se levantó, tomó el brazo del caballero de semblante de galgo, que con su traje negro y su roseta en el ojal parecía un diplomático en funciones, y atravesó el salón con cierto aire de protección, solemne, distribuyendo saludos y sonrisas.

—¡Cielos! ¿Qué veo?— exclamó de pronto ocultando su risa tras el abanico.—Es mi amigo Mateo Montes, que, á pesar de sus años, se dedica á hacerle el amor á la señora de Martínez, ese diplomático americano que ha visto usted en casa.

El señor Aumada siguió la dirección de la mirada de Loreto y vió un hombre alto, grueso, calvo, con gran cabeza y barba puntiaguda, en forma de chal, la cual alargaba su semblante destacando la boca, groseramente sensual, y los ojos pequeños, ocultos bajo las cejas, que le daban aspecto de fosterrier.

—La compadezco — siguió Loreto. — Le estará contando por centésima vez sus triunfos de conquistador... Ella no es fea...; pero es demasiado fuerte..., tiene algo de mozo de cordel. Esas americanas deben ser tan excelentes nodrizas como nuestras gallegas.

—Son una raza en formación aún—disculpó Aumada.—No tienen la pureza, la delicadeza de líneas, la graciosa debilidad de las razas definitivas...; pero, si el estar al lado de usted no eclipsara el recuerdo de todas las bellezas, le podría asegurar que, á pesar de sus manos y sus pies, hay mujeres bellísimas.

—Dígalo, dígalo, Aumada..., no presumo...; yo he sido muy guapa..., naturalmente guapa, sin artificios de tocador...

—Señora, usted...

—No...—interrumpió,—dejemos eso...; ya sé... ya sé lo que me va usted á decir. ¡Me lo han dicho tantos!... Menos mi marido.

Hablando así habían llegado al "Hall", en el

que varias parejas buscaban un momento de intimidad con el pretexto de examinar los trajes. Loreto empezó con una de sus eternas críticas:

—No hay nada elegante, nada *chic*. Esto es una calamidad.

La hija acudió presurosa, en su ingrato papel de retener la volubilidad de la madre y tirar de su constante compañía:

—Por Dios, mamá, van á oirte.

—¿Qué más da? Yo soy muy franca. Todo esto es de mal gusto.

Y después de cansarse de pasar y repasar delante de las vitrinas, se decidió al fin:

—No tengo gana de volver al salón... Vamos á marcharnos. ¿Nos acompaña usted, Aumada?

—Sólo hasta la puerta...; espero á un amigo.

—Me he dejado el pañuelo y los guantes.

Volvieron á entrar en el salón y se dirigieron á la mesa en que habían tomado el té, que ya estaba ocupada, pues la concurrencia era numerosa. Al verlas llegar, los que la ocupaban se levantaron. Eran Adolfo y otros tres jóvenes amigos suyos. Todos eran pálidos, de blancor lechoso, como de polvos dados con discreción y disimulo; llevaban camisas de seda, y bajo los puños asomaban los aros de sus pulseras de oro.

—No, no se molesten...; nos marchamos—exclamó Loreto con su habitual desenfado, y mirando á Adolfo siguió:—¿Cómo ha dejado usted á sus amiguitas?

—Me he cansado de conducir la barca de Lesbos á Citerea—repuso el joven.—Además, me temo un drama.

Se dilató la nariz de Loreto como la de un caballo de buena sangre al olfatear un nuevo escándalo, y olvidando su deseo de marcharse se volvió á sentar, reteniendo cerca de sí al joven y al señor Aumada.

—¡Cuénteme, cuénteme!

La niña aprovechó la ocasión para empezar á bailar el nuevo vals que preludiaba la orquesta.

Adolfo pareció agradecer el interés que despertaba:

—Usted sabe que Luisita, la *Sirena*, es la reina de la seducción. Trae locas por ella á todas sus amigas. Adela está chalada, y la pobre Rosita...

—¿Pero, y el drama?—atajó Loreto.

—Va á ser un conflicto entre mujeres celosas. ¿Ve usted aquellas dos damas extranjeras? Son una gran señora italiana y la amiga que la acompaña. Fíjese en cómo se miran ésta y Adela.

En efecto; dos mesas más allá se veía una mujer alta, gruesa, colorada, con las manos y las orejas cubiertas de brillantes, sentada al lado de otra, de mirada viva y aspecto de pilluelo. Mientras la primera la miraba con embeleso, ella no quitaba los ojos de la mesa de Luisita.

—Aquí va á pasar algo—añadió Adolfo; y como si quisiera no ser sólo espectador, se puso de pie y fué á acercarse al grupo de sus amigas, destacando entre todos su levita, con vuelo de falda, adornada de hebillas de plata y de un corte femenino.

Aquel muchachito era bello, llegaba á interesar á las mujeres con su aire sufrido, tenue, ingenuo; á veces les decía á las muchachas con un afán de hombre:

—¡Oh! ¡qué locuras íbamos á hacer!

Ellas lo miraban sorprendidas y se reían; como estaban lejanas á él y ya no le podían dar una mano, lo empujaban con sonrisas por la pendiente.

Pero Adolfo no era malo. Era un artista espontáneo y sorprendente. No hubiera sido justo ofenderlo. No era como aquel otro mal intencionado, espúreo, mordaz, envenenador; ni era como aquel otro hombre machucho, enjuto, afiladito, de una fealdad hombruna que hacía más repugnante su sombra inmoral.

Adolfo era un jovencito inspirado, trabajador, condescendiente, verdaderamente fervoroso, tenía algo que convidaba á la benevolencia. Hasta ese momento parecía un engañado con un corazón bueno, sano y artista. No se podía emplear con Adolfo el hacha que merecían los otros.

Mirándolo con su ligereza, su afabilidad, Loreto pensaba que los malos, los canallas, los hombres de conciencia oscura, eran los que desobedecían los principios fuertes de la vida y lo escarnecían á él y á los demás hombres, á todos los hombres, demasiado á sabiendas y demasiado hipócritamente. ¿Qué misteriosa vida de bajezas, de falsos sentimientos, no le habrían tejido algunos de aquellos hombres ya hechos, hercúleos, hombrunos, que abusaban de la debilidad del jovencito?

Se indignaba al contemplar el disimulado gusto de algunos por la compañía del joven artista, tan lleno de gracia y facultades.

Ese disimulado gusto no comprometía á los demás, mientras que él, el pobre, estaba deshonrándose. Había una promiscuidad que parecía contagiar á todos los hombres por la impugnidad con que Adolfo y sus compañeros podían asistir á las reuniones de hombres solos; gozando un deleite de aproximación, una voluptuosidad correcta, que no se permitía entre diversos sexos. Bien es verdad que introducían siempre la discordia en las reuniones, porque encendían poco á poco como una especie de celos, y hacían que los unos desconfiasen de los otros, y todos se mirasen con recelo, y sintiesen á su vez el recelo de que los creyesen claudicantes.

Y, sin embargo, todos los adjetivos que se aplicaban á estos pobres descalificados los merecían más esos hombres escondidos, esos machos soeces, sucios, encubiertos, tortuosos, que engañaban á los buenos hombres mientras que compartían todas las villanías secretas, hallando un deleite reconcentrado, solapado, sórdido, en seducir á una niña ó á un niño.

Muchos, muchísimos hombres, rondaban aquella posibilidad. Había un momento en que se confundían todos, en que se sospechaba de todos.

—Es que todos lo somos ya, porque lo toleramos—le había dicho un día su marido, indignado de la promiscuidad.—Yo recuerdo hace apenas veinte años, cualquiera de los muchachos de mi generación nos hubiéramos matado por esa ofensa. Perseguíamos al desdichado que se insinuaba. Ahora nos hemos vuelto tolerantes, comprensi-

vos, es que quizás en el fondo no rechazamos nada que proporcione un placer... inmoralidad, éter, morfina, ¿qué más da?

Se indignaba Loreto por el triunfo de rivalidad que aquello representaba para las mujeres y el cinismo que encerraba.

Un día uno de aquellos hombres, aquel cronista calavera y mundano, con gran fama de conquistador y mujeriego, que atosigaba á todas las mujeres, y las ponía pegajosas como la miel, provocó su desilusión hablando entusiasmado de un amiguito y diciendo al referirse á él:

—¡Oh! Despeinar sus cabellos. Es encantador. Me gusta acariciar y jugar con sus rizos.

Era para descorientarse.

Así llegaban á hacerse temer, y provocaban los celos de las mujeres, con la andacia de sus insinuaciones. En eso eran ellos más procaces que ellas. Sabían adular, someterse, alabar, encomiar las dotes morales y hasta las físicas con una cautela que no daba lugar á la repulsa.

—¡Qué mano la de usted!—decía el Vizconde un día á uno de sus amigos, sorprendiendo su orgullo natural en el cuidado de sus manos.—Parece una mano de cardenal. Sólo he visto unas manos semejantes.

Y así, la mano, la mano que parecía lo más alejado, lo que podía ser alabado con más independencia, venía á convertirse en elemento de insinuación.

Dejándose llevar de sus pensamientos, Loreto se preguntaba si esa dificultad que las madres hallaban para encontrar marido á las hijas no estribaría también en el desarrollo de las meras costumbres y relaciones de ambos sexos.

Pensaba todo aquello, envuelta en la acritud propia de su carácter dominante, díscolo y envidioso, mientras contemplaba á los que tenía enfrente de ella.

Se habían agrupado todos en torno de la mesa de Adela, atraídos por la fama de su conversación chispeante; de su réplica siempre pronta, chistosa, descocada. Se habían acercado varios periodistas, dos ó tres caballeros, un autor dramático, y todos hablaban y reían de esa manera elegante con que la gente de mundo sabe hablar ante el público, de ese modo ficticio, ensayado, que en vano intentan imitar los cómicos en el escenario. Aquello irritó á Loreto. Se consideraba ofendida con la preferencia de los que se acercaban á la Baronesa, cuando ella poseía una mayor cultura y distinción. Era lamentable que se buscase el descoco más que el talento.

—Esa habla como cualquier rabanera—solía decir;—pero el oir las palabras de la plazuela y del burdel en la boca de una dama encanta siempre al vulgo.

Entretanto, la bailarina se había apartado de los demás, y sola en una mesa, con los ojos medio entornados, fumaba cigarrillos de opio y bebía el Whisky que le habían servido en una copa de agua, contestando sólo con monosílabos guturales á los que se le acercaban.

Julio quiso llevársela:

—Vámonos, Elsa; me vas á poner en un compromiso.

—Déjame—repuso ella;—este Whisky es bueno.

—No seas loca. Vas á dar un escándalo.

—Es ridículo que te preocupes de eso—sigu..

*

ella.—El escándalo es cosa de burguesas...; á ellas les perjudica ó les interesa. Nosotros podemos hacer lo que nos dé la gana. Se es más feliz haciendo lo que nos da la gana.

—No seas loca. No se puede ir contra todos.

—¿Y quién son esos todos? ¿Hacen algo por ti?

—Esos todos no son nadie y son uno solo—replicó, ya exasperado, Julio.—Uno solo, formidable, que nos aplasta al chocar contra él. Una montaña de gente con los codos juntos.

Elsa hizo un gesto de desdén y se volvió hacia el otro lado:

—¿Le fastidia á usted la moralidad española?—preguntó la italiana de mirar procaz.

El amor propio de Julio se exaltó:

—No crea usted que España tiene nada que envidiar en esta materia á los demás países de Europa—dijo.—Es que nosotros gustamos del secreto y del silencio como de un refinamiento más. Quizás tenemos demasiado sol, y eso nos ha acostumbrado á buscar las sombras.

Elsa se levantó sin contestar, como si la hubiese molestado la intromisión, y atravesó el salón vacilante, enredándose en la cola, sin saludar á nadie, con su cascabeleo de collares y brazaletes y su ola de perfume de benjuí. El vizconde la siguió, erguido, serio, con su monóculo calado y su aire de desdén elegante.

En cuanto vió la mesa vacía, la Baronesa se levantó rápidamente y fué á ocuparla, dejando su tertulia. Había logrado atraer con sus chistes y sus frases la atención de Luisita, y se encontraba colocada cerca de ella.

Hizo una cariñosa seña al niño, llamándolo. La madre le empujó dulcemente, y la criatura fué á acercarse con esa confianza de los hijos de madres guapas, á los que todo el mundo mima. Adela sacó del bolsillo unos bombones, y mientras el pequeñuelo los tomaba con el ansia con que los niños toman siempre los bombones, lo atrajo hacia sí, le cogió la cabeza con las manos y empezó á besarlo entre los rizos con besos largos y lentos, mientras clavaba la mirada en la madre, que se estremeció y enrojeció bajo la influencia de los besos que recibía su hijo. Aquel secreto de saberse ruborizar era su mayor encanto.

La italiana no pudo aguantar más; se puso de pie, se dirigió á la mesa, tomó al niño por un brazo y lo arrojó contra la falda de la madre, que dió un pequeño grito.

—¿Si usted quiere que le rompa la *facia?*—dijo en mal español encarándose con Adela.—De yo no reir así, nadie.

La vieja italiana se había puesto de pie é increpaba en su idioma á su compañera.

Adela estaba tranquila.

—Eso se arregla fuera de aquí, cuando usted quiera. Después de todo, por veinticinco pesetas, que cuesta un juicio de faltas, se tiene el gusto de señalar á una...

Pero la vieja extranjera, ordenaba, mandaba, exigía, como esas mujeres que anonadan á los maridos con sus reproches. Sus argumentos debían ser de gran peso, porque la otra pareció someterse, resignarse, y la siguió dócilmente, dirigiendo una mirada de rencor á la Baronesa.

—Esa italiana se vengará—comentó Adolfo.

—Es una entretenida, que no puede desobedecer á la que le paga. No hay que hacerle caso—contestó Adela, enseñando sus dientes blancos de loba en una franca sonrisa.

Rosa lloraba sin atreverse á decir una palabra, con esa sumisión y hasta admiración con que las mujeres burguesas reciben las infidelidades de sus esposos.

Entretanto, Luisita, confusa, con los párpados bajos y la cabeza inclinada, había huído con su hijo del salón.

—¡Pobre muchacha!—compadecían muchos al verla pasar, engañados por su aire de vir-

gen candorosa. La animosidad se volvía contra los marimachos de la Baronesa y la extranjera. Adela comprendió que debía marcharse, y cedió al ruego de Rosa, saliendo con su corte de jovencitos pálidos, altanera y retadora.

Loreto estaba contenta; había presenciado el escándalo, humillando á Adela con su actitud digna, severa y acusadora en su silencio. Eso la vengaba.

—Qué asco, qué asco—dijo.—Ya no se sabe á quién tratar; no se puede adivinar las que son ellos ni los que son ellas. ¿Querrá usted creer que hasta uno de mis amigos, casado con una mujer preciosa, y con dos hijos, me hablaba de las delicias de su hogar con voz de tiple? No se sabe qué creer.

—Se puede creer todo, Loreto—respondió Aumada.—Lo malo es que la gente se preocupe tanto de eso. La moralidad inglesa resulta antipática é insoportable cuando condena á un Oscar Wilde.

—¡Oh! Es que el genio tiene derecho á todo—repuso Loreto, en su deseo de agradar al señor Aumada.—De esos no decimos nada... Aquí también los tenemos y los veneramos... Hasta parece que necesitan esa mezcla de dos sensibilidades, para ser más exquisitos, más perfectos.

—¿De modo que usted no aplica la ley moral más que á los simples mortales?

Se desconcertó ella:

—No...; pero que no hagan alarde...; mire usted á Adolfo. ¿Se puede ir así vestido? Eso es un escándalo, y con la tolerancia la especie cunde... y el impudor... Se puede ser todo, pero guardando las formas... A mí no es la moral (cosa que deben guardar sólo las tenderas que no tienen otro adorno), es el buen tono lo que me importa. No se sabe dónde ir sin que una escena de ésas nos hiera los ojos. No se puede ni ir al teatro. ¿Querrá usted creer que este invierno hubo uno al que los hombres iban tanto por los actores como por las actrices? Había que ver los tipos en escena...; y recibían regalos, hacían alardes... El primer actor... Es desesperado para las pobres muchachas.

—Pero, Loreto, ahora parece que habla usted celosa de la competencia.

—¿Competencia? No. ¡Buenos están todos los hombres para querer conservarlos! ¡Valientes...!

—Amiga mía, que soy un representante del sexo.

—No lo digo por usted..., bien lo sabe...; pero todos... todos... Un gran autor amigo mío, me decía el otro día que en su juventud, cuando él escribía sus dramas sociales, la moda de los intelectuales era pelearse y emborracharse, y que ahora, con la nueva dirección teatral, la moda es ésta... tal vez tenga razón... Y así está el mundo... Tengo miedo de que mi hija se case... Yo como soy tan franca.

—Pues yo creo—replicó Aumada, sin hacer caso de la lamentación,—que ese autor era algo presuntuoso creyendo que él influía en el público ó que los autores del día lo sugestionan tan completamente. Yo creo que esta influencia, esta moda viene del extranjero... París, Alemania...

—¿Cree usted eso porque de allí han venido Adolfito y otros cuantos, amigo mío?—repuso Loreto,—pero éstos no han hecho más que justificar el adagio. "El que tonto va á la guerra tonto vuelve de ella". Antes de marcharse habían visto que eran preciosos y que la vida era dura. Hicieron lo que hacen las cupletistas. Buscarse mejor mercado. Es un asco.

—¿Por qué, Loreto? Acaso tengan razón. Yo, en este caso, puedo ser condescendiente, por lo mismo que no soy sospechoso; pero si el feminismo nos iguala, ¿por qué no hemos de tener para el hombre que se liberta esa especie de admiración que sentimos por las estrellas, las vencedoras?

Estalló Loreto.

—No me diga usted eso; la mujer tiene la disculpa de su debilidad, su falta de medios de lucha.

—¿Y cree usted que muchos de éstos no son como mujeres? ¿Que no tienen derecho de asustarse de estar toda la vida amarrados á una oficina, sin poder faltar una hora á sus expedientes? Ellos también quieren gozar, liberarse, ser amados. Quizás un pequeño sacrificio, como el de la mujer que se dedica á un viejo ó la actriz que soporta un empresario, un autor ó un director de periódico... cuando no lo soporta todo á un tiempo.

—¡Qué horror de vida!—acertó sólo á decir, desconcertada ante ese cuadro.

—No—contestó él con un alarde de su mundanidad.—Hay que ser condescendientes. Se ha dicho que "comprenderlo todo es perdonarlo todo"; yo digo que debemos perdonar (si estamos capacitados para emplear esa palabra, en cosa que no nos afecta) hasta lo que no comprendemos. Cada uno vive bien su vida, sin ese dolor que nosotros concebimos en ella. Es cuestión de hábito, de temperamento. No nos pongamos transcendentales.

En aquel momento un señor alto, delgado, entraba en el salón dando el brazo á una dama. Hubo un murmullo y muchas señoras se adelantaron á recibirlos.

—El duque de Rosaluna y su esposa—exclamó Loreto, levantándose presurosa á saludarlos. —Viene bellísima la Duquesa.

—Pero, Loreto, ¿y su severa moralidad?

—¡Oh! Se dice... lo sé... que si era lavandera... que si cupletista... que si murió rápidamente la anterior Duquesa... que si ahora tiene amigos... lo sé... lo sé... pero, se ha casado. Es la Duquesa de Rosaluna, la reciben en los palacios... Ya á esa altura se borra todo.

—Encantadora moralidad. Verdaderamente, no hay para escandalizarse de los demás. De los que no tuvieron la suerte de llegar á *esa altura* envidiable é inatacable.

**

II

Apenas Luisita salió á la calle, un joven le cerró el paso.

—Manolo, ¿qué hacés aquí?

—Venía á buscarte.

—¿Por qué no has entrado?

—Supuse que no tardarías. No me gusta estar entre todos esos, que se burlan y...

—¿Qué querías?

—Juanita ha venido.

Le temblaron las rodillas á Luisa.

—¿Que ha venido?

—Sí. Está un poco enferma.

El pequeñuelo se había colgado de Manuel, y tiraba y se balanceaba con esa inconsideración de los niños mimados, con los que saben que los soportan.

—Vamos, vamos pronto—exclamó Luisa, y los tres subieron en el coche que la aguardaba.

—Qué contrariedad—murmuró arrellanándose en los almohadones, mientras su hijo subía y bajaba de las rodillas de Manuel al asiento y volvía á subir por ellas.

No podía dominar su temor. Ella era veleidosa, inconstante por naturaleza, como una muñeca preciosa que gustase de ser admirada y codiciada de todos.

Aquellos triunfos que conquistaba entre las mujeres la enloquecían. Ellas, las mujeres como ella, gozaban también de esa especie de impugnidad que les permitía acercarse á las otras mujeres. Eran como un cepo de corrupción para hacer caer y contagiar á las vírgenes, á las incautas.

Había un placer perverso en aquel triunfo de ellas y de ellos contra las leyes de la naturaleza, en la acechanza tendida al impulso del momento. Algunas veces ellas y ellos no podían por menos de reir y de celebrar su triunfo capcioso, paciente, disimulado en un largo asedio.

—¡Qué cosa más sencilla que conquistar á un hombre á quien le gustamos naturalmente—solían decir, en sus confesiones íntimas.—Eso lo logran todas. Vencer una de estas resistencias ariscas, de las que abominan de nosotras y hacerla nuestra, constituye el triunfo inefable.

Luisa tenía los mayores éxitos. Fifí, la cupletista de moda, le enviaba su automóvil, el automóvil que pagaba un rico ganadero que no sospechaba del idilio de las dos amigas. Otras veces era Joaquina la mujer aristocrática, que tocaba la mandolina y le hacía aproximarse á su lado, con insinuaciones pérfidas que la otra parecía no entender, para gozarse en humillarla y en desesperarla con su fingida inocencia.

Sin embargo, Luisita á la que más amaba era á Juana; la amaba por su fealdad hombruna, malsana por su tiranía, que ya se le iba haciendo insoportable. Quería prohibírselo todo, dominarla en todo. Aquel año, en pleno casino de San Sebastián, había dado un escándalo, una noche en que una aristócrata y una cupletista reñían por celos de ella. En el momento culminante, llegó Juana y allí, delante de todas, con toda su procacidad, la cogió por el brazo, exclamando:

—Dile *á esos* que tú eres mía, niña, que no se molesten en balde.

Aquel alarde disgustó á Luisa; no quería que se declarasen sus aficiones oficialmente, y gustaba de seguir envuelta en su aire de misterio, de candor, para perderse y anegarse en todas las intrigas y los amoríos que su belleza le ofrecía, ya con ellas ó ya con ellos.

Veía que iba á tener que renunciar á todo ó prescindir de Juana. ¿Sería esto posible? El recuerdo de la pasión salvaje de su amiga la asustaba, le tenía miedo.

Cuando el coche se detuvo, Luisa saltó á tierra arrastrando á su hijo de la mano, lo entregó á la criada que abrió la puerta, y corrió hacia el gabinete diciéndole á Manuel:

—Ven conmigo. No me dejes.

Una mujer baja, gruesa, chata, con semblante de perro pachón, boca grande, de una morenez hepática, ojos pequeños y vivos y el cabello negro, espeso y fosco, cortado en melena, le salió al encuentro:

—Gracias á Dios que vienes, mala pieza... Ya sabía yo que te aprovecharías de mi ausencia...; pero te voy á romper la cara...

La otra intentó disculparse...

—Ya ves... hoy sólo... un momento... sola... y con el niño.

Juana se irritó más con las excusas:

—Sí; que no estarían todas esas...

—Estaban, estaban..., pero no conmigo; yo no tengo la culpa...

—Tú eres una...

Trató de recobrar energía Luisa:

—No me insultes, porque yo soy libre y...

Pero antes de que acabase la frase, la mujer ruda y grosera le estampó un bofetón en el rostro que le arrancó un alarido de dolor.

—Déjame, déjame, infame, quiero irme.

Se debatía y pataleaba como una niña, bajo la lluvia de golpes que la otra le descargaba.

Manuel quiso intervenir, pero Juana lo rechazó con fuerza.

Luisa se había arrojado á tierra y se abrazaba á sus rodillas, con un temblor de perrilla faldera:

—Juana, alma mía, no me trates así, amor mío.

Imploraba, con sus pupilas de miositis húmedas y temblantes, que parecían ir apagando el furor de Juana para dejarse abrazar.

—No quiero á nadie más que á ti, á nadie en el mundo—le sollozaba.—Perdóname.

Al fin, la otra pareció conmoverse; la levantó, le separó los cabellos y la besó en la frente:

—Bueno... bien; no eres tú la que tienes la culpa, después de todo; pero yo te juro que alguien me la va á pagar.

Mientras Luisa salía limpiándose las lágrimas, y dejando ver en sus ojos un relámpago, prome-

tedor de venganza, Juana se volvió hacia Manuel y le dijo, con chulería:

—¿Ves?... A las mujeres hay que ganarlas así, á puñetazos; son un sexo despreciable.

—Yo no puedo, yo no puedo—suspiró él;—soy más débil que tú.

Juana lo miró con tristeza; era un joven de unos veinticinco años, de escasa estatura, flaco, con un aspecto de tristeza muy marcado, y una cara de perrito vulgar, de un perro cualquiera, al que no se le podía señalar una especie determinada, de esas ennoblecidas por el Ghota de los linajes caninos.

Era uno de esos tipos dolorosos, débiles, enfermos, físicamente degenerados, de hombros estrechos, pecho carnoso y caderás de ánfora, como una mujer vestida de hombre; uno de esos tipos de los que todos se burlan sin compasión, á favor de la impunidad que les asegura su debilidad y su cobardía, y que, al mismo tiempo, no tienen amigos porque no los hallan aún bastante sometidos y se les moteja de agrios, atrabiliarios y peligrosos.

Mientras estuvo soltero, alternó en aquella sociedad de anormales sin que se le conociese ninguna pasión; siempre servicial, dispuesto á todo, sin escandalizarse de nada.

Pero, un día, la noticia de su boda con una señorita provinciana vino á sorprenderlos á todos. Nadie creía que Manuel pudiese tener ese atrevimiento.

El joven se había enamorado seriamente; una pasión extraña en su temperamento débil y femenino, pero violenta, avasalladora. Manuel luchó contra su inclinación; pero ¿por qué no había de amarle ella? Contaba ella con la juventud, la inocencia y el candor de ella para hacerse amar por su bondad y ternura. Contaba con estar siempre vigilante para mantener aquella ignorancia en su esposa para que lo amase por su dedicación y llegar á una inteligencia de dos almas, de dos espíritus compenetrados. ¿Acaso todo había de ser sexual? El llegaba á una abstracción ideal y romántica; abominaba de todos aquellos hombres que pervertían á las mujeres hablándoles en nombre de los goces sexuales. Le daba asco de aquellos conquistadores buenos mozos que enloquecían á las esposas y las despreciaban luego, para correr en pos de todas las mujeres viciosas, perversas, vulgares, haciendo la sensualidad norte de una vida sin afectos.

El, en su debilidad, había huído de todo; pero ahora sentía el amor verdadero, avasallador, con toda la pasión y el ardor varonil en su pobre cuerpo gastado y débil. ¿Pero acaso no podría haber entre personas de los dos sexos un amor amistoso tan intenso como el que se tenían las mujeres entre sí? Veía á la Baronesa triunfante entre sus amigas, que la adoraban con fanatismo. Veía á Juana encadenar á aquella Luisita, tan bella y tan solicitada por todos, y que parecía tener un miedo supersticioso de los hombres, como si le repugnase su fuerza y su acometividad. El, que poseía la confianza de todos aquellos estravagantes, sabía cómo se amaban ellos y ellos, y como se amaban ellas y ellas. Había visto á muchas mujeres buscar el cariño de la Baronesa, desde-

ñando á sus enamorados; había leído cartas en que se solicitaba su amistad, y la había visto desdeñar á mujeres muy lindas, desesperándolas con un "No hay que ir tan de prisa, amiguita", dicho con un dominio de mujer en su pasión. Había recibido las confidencias de algunas de las amigas de Adela deshechas y felices en aquel cariño cuya única intransigencia era para con las otras mujeres. El creía que podría inspirar un amor así. En esa creencia se casó.

Y había sido feliz en un principio, feliz y amado con una pasión extraña y purísima. Había trabajado con fe y con entusiasmo para su mujer, guardando celoso su ilusión y aislándola de toda procacidad de hombre ó confidencia de amiga; pero no había pensado en el peligro de su propia suegra. ¿Se podía hablar de aquellas cosas entre madres é hijas? El pobre muchacho veía tan sagrada á la madre, que no podía pensar en su promiscuidad con todo lo que hay de doloroso y de profano en ella, con relación á su hija, para hablar de lo que es como una humillación de la madre, un yugo sufrido en aquella carne suya, tan sagrada, que se le escapa y se le pierde.

Y, sin embargo, su suegra fué la reveladora. Se suscitó el escándalo de toda la familia; hombres y mujeres volvieron celosamente por los fueros del sexo ultrajado; se habló de enfermedad para la joven así engañada, de moralidad, de vicio... de religión... Fué en vano que él redoblase su ternura, que llorase, que suplicase. La vencieron entre todos. ¿Se la habían llevado, ó lo había abandonado ella? No podía decirlo; pero desde entonces vivía solo, triste, desesperado. Vivía únicamente por aquella cobardía de su ser que le impedía matarse; estaba como atontado, con una existencia de autómata. Sin embargo, seguía trabajando y haciendo su vida ordinaria, por la fuerza de la costumbre, por su misma debilidad, perdida ya por completo la energía de alma como la de cuerpo.

Nadie lo compadecía; su dolor parecía risible; los amigos más piadosos se burlaban, y otros lo insultaban y bromeaban á su costa desde que se había hecho público que la casada virgen pedía la anulación del matrimonio. Era como un escándalo y un delito ser un enfermo sin virilidad; parecía ésta un atributo que era vergonzoso no poseer. Sin embargo, en su caso había una razón suprema para la disculpa, no era el suyo el extravío de un temperamento vicioso. Lo dominaba una fuerza mayor. La Naturaleza había hecho de él un ser aparte, un género distinto; obedecía á leyes superiores y fatales.

Manuel se indignaba viendo quiénes lo censuraban. Eran todos aquellos hombres adúlteros, todas aquellas mujeres viciosas, todos los que tenían esposas infieles, á las que ellos eran infieles también. Ninguno de aquellos podía comprender el desinterés de su amor. Se había quedado imborrable el recuerdo de sus días felices; de su hogar puro, de su hogar que hubiese sido perfecto libre de la sensualidad. La veía á ella, con su semblante de virgen, dormida cerca de él como duermen los niños en el regazo maternal. ¿Por qué no los habían dejado continuar así, revelándole todas las groserías de los otros hogares?

Mientras se le reían, mientras cobardemente lo insultaban valiéndose de su debilidad, confesada con una nobleza que debería incitar á la piedad, él se refugiaba en aquel recuerdo, lo ahondaba con un goce cruel de hacerlo sangrar, para ver en su misma herida el semblante virginal y sonriente en cuyo desamor no lograba creer. Se le veía como á un ser extraño; si iba á algún sitio, se sentía el blanco de todas las miradas, las gentes cuchicheaban; lo trataban á él, un pobre enfermo, lo mismo que á todos aquellos esposos viciosos y despreocupados, para los que el amor no era más que el disfrute de un grosero placer.

Apenado por el recuerdo que aquella escena suscitaba, Manuel se dejó caer en el diván, como rendido por un esfuerzo imaginario.

Parecía que estaban previstos los desfallecimientos en aquel mundo extraño y tortuoso. Todas las habitaciones tenían aquellos grandes divanes cubiertos de almohadones. El almohadón era como el elemento indispensable con que solía jugar la coquetería, como con un abanico precioso.

Después de un momento de silencio, Juana preguntó de repente:

—¿Hace mucho que no ves á tu mujer?

Palideció él.

—¿Por qué me lo preguntas? Yo no la quiero recordar.

—¡Bah! Bien sabes tú que es inútil tratar de olvidarla. La adoras, y no debías de resignarte así á pasar el tiempo sin intentar recobrarla. Mercedes es una buena muchacha... te quiere... pero...

—¿Y qué puedo yo hacer? Estoy avergonzado, enfermo, débil...; ella conoce ya el secreto...

—¡Y eso qué importa! ¿No crees tú que el amor verdadero está por cima de todo eso? ¿No crees que es más intenso, más fuerte, más violento el amor que no se puede saciar nunca?

—Pero si ella quiere conocer otros amores...—objetó él.

—Déjala que conozca la brutalidad, los dolores, el desengaño. Eso quizás la haga más tuya. Mira á Luisa, tiene la coquetería de ostentar su maternidad, como si fuese una prueba de que los hombres pueden amarla y que ella los desprecia.

—¡Dejarla!—repitió él, como si no hubiese entendido más que esa palabra de todo lo que hablaba Juana.

—¿Por qué no? ¿Crees que no serías más dichoso teniéndola á tu lado, aun entretenida en otra pasión, que estando lejos de ella?

—¿Es verdad?—murmuró él.

—¡Claro!—siguió Juana.—La verías volver á tu lado, como viene Luisa al mío. Podrías verla, hablarle, comer con ella... dormir en su cama. ¿Tendrías derecho á exigir más?

—¡Que me quisiera!

—¿Crees que me quiere á mí Luisa? No. Está acostumbrada á mí, pero no me quiere; me encuentra fea... y me lo dice... Soy fea, fea para

mujer...; tan fea, que no me ama nadie. ¡Oh!, las mujeres tampoco saben ver las almas... Por eso, por eso... por su falta de espiritualidad nos hacen caer en este deseo bastardo que usurpa el lugar del amor... ¡con tal de que no ame á otra! Yo no tendría jamás celos de un hombre, de una traición de su naturaleza; pero cuando pienso que otra mujer se puede poner en mi camino... no sé... no sé... Me robaría todo lo que tengo de ella... la traición con otra no podría achacarse más que á cariño... á cariño... Esa idea me vuelve loca... Por eso le pego, la maltrato en vez de acariciarla. Así, brutal, la retengo; le doy una sensación de hombre.

Su voz se había puesto ronca.

Manuel la miraba con admiración. El, confidente de unos y de otras, sabía bien la violencia de aquellas pasiones que ahora se le presentaban elevadas á la categoría de amor. Había visto á dos amigas separarse en plena pasión, destrozadas por la violencia de sus celos. Sabía que la Baronesa tenía su policía especial para vigilar á sus amadas, á las que les propinaba soberbias palizas por sus infidelidades; veía cómo muchas de ellas toleraban un novio ó un amante á su amiga, y vigilaban celosas á las otras mujeres. Recordaba sacrificios como el de una de sus amigas, jorobadita, menuda, insignificante, que después de hacer el porvenir de su compañera consintió en que se casase, y tomó otra amiga á la que proteger y amar. Se sorprendía de la virilidad que había en todas aquellas mujeres. Aquella misma jorobada que, á pesar de su debilidad, de su fealdad repugnante, se vestía de hombre y se embozaba en su capa para rondar la calle á las chicas que pretendía.

Nadie al leer una carta cruzada entre ellas hubiera pensado en la igualdad de sexos. Un diálogo, en que sólo se escuchara la voz de una de ellas, daba la sensación de una pasión sana y acendrada.

Como el teléfono estaba en el portal de la casa, las veces que Luisita tenía que salir á hablar con Fifí ó con alguna otra de sus amigas, el portero, un hombre digno, íntegro, serio, y su esposa, mujer de vida pura y sencilla, habían pensado en una pasión de la señorita por algún otro que no era aquel señor, padre del niño, *el Señor* por antonomasia, al que era casi una institución el engañar.

El primer día que al tomar un recado se percataron de que al otro lado del aparato había una mujer, el buen matrimonio quedó aterrado. Ellos, como todos los seres sanos, sentían esa gran dignidad que se resiste á creer todo lo que hay de indigno; y llegaba hasta hacerles pensar que los hombres y las mujeres, fuera de la normalidad, debían ser amarillos, verdes, naranja, de un color cualquiera, pero distinto del color de los demás para que se les reconociera como de una especie diferente.

Además, aquellas pasiones eran para muchos y para muchas medio de enriquecerse; la tentación de la vida fácil de que habló Aumada. Recordaba el caso de las dos italianas que riñeron con Adela en el Hotel Magestic. Una de ellas era una de esas entretenidas que emulaba al chulillo, dedicándose á las damas de posición; esas viejas lúbricas, que no prescinden de la sensualidad, y que son bastante hipócritas para preferir la compañera.

—Después de todo—le había dicho cínicamente,—esto me compromete menos que acompañar á un hombre, quizás viejo y repugnante, y en caso necesario soy yo quien pega.

Casos semejantes eran numerosos.

Las amigas de la jorobada, intrigando cerca de ella para buscarse una vida independiente, las amigas de la Baronesa, á la que ella ponía casa y vivían á su costa; las actrices que se dejaban querer de ella por una joya.

Y en ellos:

Adolfo viviendo de sus gracias por el favor del Vizconde y llamando con su exotismo la atención sobre su arte, que quizás florecía más lozano merced al retorcimiento de su espíritu.

Montoya, aquel otro amigo tan precioso, tan redondo, de ojos azules, que tenía palacio en París, cuando aquí no ganaba para comer.

Pomerano, con su sonrisa graciosa, manteniendo á toda su familia gracias á la incandescencia de aquella sonrisa.

Otros y otras lo eran por afición, por degeneración, ó por procacidad. ¡Qué más daba! ¿Se les podía condenar? ¿No sería mejor condenar á esa sociedad que engendraba el desequilibrio, la ostentación, el lujo y la tentación viciosa de los medios de conseguirlo? Era un círculo vicioso, de moral y de cinismo del que no sabía salir.

Veía que todas las mujeres temían á la mujer como no teme el hombre al hombre. Aquello se le aparecía en un nuevo aspecto, y pensaba que, en efecto, debía ser más dolorosa una pasión así, del espíritu, que todos los devaneos que con un hombre pudiera tener su esposa. Así, no la podría recobrar nunca.

Se quedó silencioso, hasta que Juana lo interrumpió:

—¡Pobrecillo! Tú eres un enfermo, como yo, porque yo, yo también, quisiera ser hombre *de verdad*. Nuestros amigos se pasan la vida imitando á las mujeres, de las cuales abominan; yo, envidiando á los hombres, que desprecio. Este dolor no es nuestro. Es el mal de esta generación heredera de todas las virtudes de nuestros antepasados... esas virtudes que han formado esta degeneración, esta debilidad, estos seres indecisos que no se sabe si son Ellas ó Ellos... Sufrimos una equivocación de la naturaleza que nos dió almas de sexo distinto al nuestro... no somos viciosos... somos doloridos... fatalmente doloridos... ¡Y se ríen de nosotros!

III

Los días pasaban lentos y tristes para Manolo. Pensaba y esperaba siempre en que Mercedes

había de tener un rasgo supremo que se la devolviera.

A veces, su imaginación concebía ideas absurdas. Veía pasar años de su vida como inmovilizada en un mismo sentimiento, como un mero espectador de la vida de ella. La veía altiva, olvidada de él, indiferente, buscando de un amante en otro la ternura que él le había dado y que, en vano, trataba de encontrar; hasta que, rendida, ansiosa de cariño, volvía á él en busca de las sanidades, del desinterés, del afecto verdadero y puro, y la tenía á su lado y la dormía sobre su brazo. Eso era lo que le había aconsejado Juana.

Pero bien pronto reaccionaba contra esas ideas. ¿Podría él amar la carne profanada, el alma despojada de su candor? Se indignaba de aquel sentimiento egoísta; él no tenía el derecho de exigir la pureza de la esposa, después de haber derrochado torpemente su virilidad y su espíritu mismo en sus locuras de placer.

Todos aquellos encontrados sentimientos lo destrozaban, lo consumían, le producían una fiebre lenta y continua. Y, sin embargo, tenía fuerza para ocultar su sufrimiento á todos; para resignarse con todas las bromas groseras que le dirigían.

Su mujer no se resignaba á una vida de apartamiento y soledad. Con frecuencia se la encontraba en las visitas, los paseos ó los teatros.

En esas ocasiones, que despertaban la atención malévola de todos, ella lo saludaba, lo llamaba á su lado y, sin hacer caso del enojo de su familia, le hablaba dulcemente y se informaba de sus asuntos con un amistoso interés.

Cuando él intentaba hablarle de amor ó hacerle recordar su calidad de esposo, todo cambiaba. Ella no podía tolerar más que su amistad. La habían asustado profetizándole enfermedades y hablándole de pecados mortales.

El se daba casi por feliz con aquello. En medio de todo veía que no le guardaba rencor y que no se fijaba en nadie.

Verdad era que la mayor parte de los que la

rodeaban eran aquellos amigos suyos, únicos que ella conocía en Madrid, y que no eran á propósito para despertar el amor.

Se veían siempre las mismas personas en los mismos sitios; parecían el núcleo de la sociedad que giraba en torno de ellos.

Adolfo quería ahora ser bailarina, ensayaba danzas extraordinarias para presentarse al público, é iba siempre acompañado de una dama de edad, cubierta la cara de una capa de blanco mate que comunicaba á la morenez de su carne una palidez de cera. Tenía el cabello rubio y los ojos pintados de azul, que le daban un aspecto cadavérico. Pero Adolfo la amaba mucho, porque ella, vieja bailarina, lo admiraba y lo alentaba en su nuevo capricho artístico. Ella lo garantizaba:

—¡Pobrecillo! Aquí la gente no comprende las almas de artista, y en cuanto un hombre es delicado lo creen femenino.

El joven ponía una equívoca sonrisa de burla.

Rosa y la Baronesa pasaban la vida disputando acerca de la hija de doña Loreto, con la cual habían reanudado su amistad. Cansada del desdén lánguido de Luisa, la Baronesa había acabado por prendarse de Elvirita, la cual parecía no darse cuenta de nada. Rosa no perdonaba ocasión de poner en ridículo á su rival. En cuanto se encontraban en cualquier sitio público llamaba la atención sobre ella:

—Miren qué traje trae hoy Elvirita. Debe ser á gusto de la mamá. Cada día está más fea—solía decir con ese acento de las celosas.—Tiene unos ojos...

Y siempre salía la otra á su defensa, con ese algo que la tolerancia masculina tiene para toda mujer:

—¡Oh! No. Fea, no es... Precisamente el interés está en sus ojos; son tan vagos, que el poderse quedar en ellos un momento sería un triunfo.

Se indignaba ella:

—¡Valiente triunfo! Es una cursi, sin distinción, se pasea por la Castellana en coche simón enseñando las piernas, y luego lo tiene todo fuera de su sitio. Los hombros altos, el pecho bajo, el tronco colgando. Parece una muñeca de madera, hecha á cuchillo y con las piezas mal unidas que se van á salir de los goznes.

Por fortuna, para acallar los celos de Rosa Juanito Miraflores aparecía siempre cerca de Elvira, aunque el no decidirse á pedir su mano hiciera que la madre repitiese continuamente su estribillo:

—Es idiota este muchacho.

Martín Mateo, con su cara de fosterrier gustaba de acompañar á Mercedes algunos ratos para deslumbrarla con su arte de conversador, contándole, por millonésima vez, sus conquistas que se habían sucedido de generación en generación; como hasta en el lecho de muerte había conquistado moribundas y saciado su pasión en las hijas ó las hermanas, doloridas y sugestionadas por la irresistible influencia de su exquisitez y de la voluptuosidad que inspiran los cadáveres.

—Era otro espíritu el de los hombres de mi tiempo—le afirmaba, poniendo un gesto de desprecio por la nueva generación, como si quisiera despertar una idea de misterios en su oyente.

Gran conocedor de la mujer, solía darle detalles de las diferencias pasionales de las mujeres de los distintos países.

—Yo he cobrado á España de la contribución que nuestras cupletistas pagan á los americanos—solía decir.

Manuel se indignaba de aquellas conversaciones, que parecían inmoralizar más que todos los ejemplos por la plasticidad y el deleite que el fosterrier ponía en la palabra, blanda y sensual, dejando ver los dientes é iluminando los ojos que chispeaban allá dentro en el fondo enmarañado de las cejas.

—Eso no es muy difícil—respondía la Baronesa, viniendo en su auxilio.—Cuando se pasa el Ecuador, ya sea para allá ó para acá, la moral cambia... Yo tuve una amiga, una vieja poetisa de las pampas, sentimental y romántica, que se creía irresistible á pesar de sus sesenta años y del enorme bulto de un lobanillo que le había salido encima de la ceja. Mi amiga vino á Europa y me rogó que le cediese á uno de mis criados para que la acompañase en su viaje. Se lo cedí de buen grado, pero figúrense ustedes qué escena cuando, al llegar al gran Casino, tuve que comer en la misma mesa que mi sirviente vestido de smokin; porque la dama le había presentado como sobrino suyo, lo llevaba al *ful bol*, y hasta se había retratado con él dentro del baño. Mi pobre criado, gordo y rozagante con aquel descanso, suspiraba por todas las camareras del hotel.

Toda la corte de Ofelias y bohemios daban la razón á la Baronesa y le reían las gracias, porque ella era la que pagaba siempre cenas y convites. Hasta Martínez, el diplomático americano, esposo de la dama cortejada por Mateo, asentía, quizás para dar idea de su europeización. Aquel era el tipo que menos le gustaba á Manuel. Tenía todo el aspecto de un hombre romántico y melancólico. Alto, fuerte, de boca sensual y cabellera rubia, crespa y descuidada, que sacudía con un gesto gatuno. Había venido á España representando á una de esas Legaciones absurdas y lejanas. Traía de credenciales un libro de poesías y un cuaderno lleno de recortes de periódicos de su país, en el que sus paisanos le llamaban *eminencia, joven luchador,* y le auguraban conquistas y glorias. El iba enseñando esas muestras, como viajante de sí mismo, en todas las redacciones de los periódicos, hasta que, cansados de él, le repetían los elogios para quitárselo de encima.

Era un hombre galante con las mujeres y con los hombres; cínico, gran conversador, que seguía coleccionando sus recortes, renovados con conferencias de que él y los miembros de su Legación, ó los que por razones diplomáticas no se podían excusar, eran los únicos auditores, y con anuncios de libros que no llegaban jamás.

Su vida era un continuo trabajo; se trataba con todo el mundo, tenía todos los alardes, sabía hacerse invitar para comer y beber á costa de

sus amigos, sin perder la altivez con que se hacía agradecer el aceptar y decorar la mesa con sus condecoraciones y la belleza de su mujer, á la que dejaba en completa libertad. El sabía hacerse el amigo íntimo de todos, intervenir en todos los asuntos y ser á la vez confidente de la mujer y del marido. Su audacia no retrocedía ante nada; pero en el fondo estaba amargado por ese fallo de la conciencia que no deja engañarse, y le hacía conocer todo lo que debían sus triunfos á la sorpresa ó á la falta de voluntad de los otros.

Pero todo aquello lo agriaba, lo llenaba de un despecho profundo, injusto, en él, puesto que había conseguido mucho más de lo que merecía, y se desquitaba con procacidades y sátiras encubiertas, hipócritas, protegido por la finura de la fórmula "Señora", "Señor", repetida constantemente al dirigir la palabra. Se fingía modesto:

—Yo no quiero más que unos sueltecitos para enviar allá... No es por vanidad...; esto me sirve en mi país.

Y así, después de cada una de aquellas conferencias absurdas á las que no asistía nadie, ponía un largo cablegrama á la prensa y al gobierno de su país.

"El eminente Martínez ha pronunciado conferencia elocuente, vibrante, florida, entusiasta, profunda, maravillosa, palabra fácil, galana, asombro, aplausos, ovación, entusiasmo; asistieron: Labra, Echegaray, Maura, Palomo, etc., etc., (aquí todos los nombres notables), todo Cuerpo diplomático, aristocracia, hermosas damas, etc.; gloria, patria, unión sagrada madre España; aplaudióse América."

—Pero si Maura no está en Madrid, le objetaba á veces alguno de esos íntimos que se pegan como parásitos á los americanos, creyendo en unas empreass fantásticas que no se realizan jamás.

—No importa—respondía imperturbable, — en América no saben dónde se encuentra hoy.

Más de una vez tuvo que tachar el nombre de algún insigne muerto que deseaba citar como presente á sus conferencias.

—Es lástima. Allá no sabrán muchos que murió... y sonaba bien.

Iba siempre acompañado de un poeta extremeño, de gran influencia, según él decía, por su amistad con los empresarios de teatros y con los directores de periódicos, que le daban palmadas en el hombro.

—Yo—decía el americano,—en cuanto publique un artículo en los Lunes del *Imparcial*, y estrene un drama en el Español seré ministro en mi patria... y entonces... como los españoles son tan buenos para bombearme, les tomaré libros, para nuestras escuelas.

El extremeño, que pretendía ser un Máximo Gorky; lleno de rebeldía y de grandeza, porque sus primeras poesías se incubaron en un cuchitril, llenas de odio hacia los que gozaban mayor comodidad, en vez de nacer de la piedad y del amor hacia los desgraciados, se veía ya ministro y casado con alguna china rica en la ínsula de su apadrinado. Entonces él también haría esos viajes triunfales de poeta representativo para que le diesen bombos en España. Era muy socorrida la proyección de la lejanía, por eso él había viajado tanto y así podía contar que había sido de todo: grumete, pescador, soldado, bandolero...

—Hasta vaca en París y verdugo en Londres—como decía graciosamente Adolfo.

Todo aquel mundo se divertía, se encontraban en todas partes, en todas las fiestas; tenían una especie de camaradería los hombres y las mujeres para buscarse y organizar sus festejos reunidos. Unas y otros hacían alarde de cinismo, sin miramiento alguno, como seguros de la tolerancia de los demás y de poder imponerse.

Siempre las mismas mujeres profesionales, la Baronesa, la jorobada, Juana con su cara de Pachón, la sumisa Rosa y la dulce Luisita, y ellos siempre también los mismos. Su ejemplo daba la tentación de la curiosidad á los sanos, y les imprimía como ese primer golpe que magulla y corrompe.

La más pasional, la más escandalosa, era Juana, con sus bruscos accesos de celos que le hacían maltratar á Luisa en plena calle; llevársela del teatro en medio de la función y otras mil impertinencias por el estilo. La jorobada iba siempre detrás de su favorita del momento, que tenía los ojos pitarrosos y un aire de pez espada, de perfil aplastado y nariz picuda. Parecía un bichillo empinándose sobre los pies, y hablando con tono doctoral y frases meditadamente construídas. La jorobada era al lado de la otra como un perro ridículo, pero un perro infiel, porque sus ojillos malignos registraban y desnudaban á todas las mujeres, en cuanto no la veía su compañera, á la que temía á pesar del aire dulzón y socarrón que ella afectaba. Era una mujer tramposa que explotaba á todas sus amistades, con pretexto de obras caritativas, y les inspiraba confianza hablando hueramente de sus ilustres antepasados, uno de los cuales fué secretario de un virrey de la India ó cosa así. Ella repetía constantemente que tenía talento, y á fuerza de repetirlo se lo hacía repetir á los demás, que aunque se burlaban de ella se prestaban después á sus manejos.

Sin embargo, no había solidaridad entre ellas, se trataban por parejas, y fuera de las fiestas públicas, no se reunían jamás. Ellos, en cambio, eran amigos todos, se reunían y celebraban sus fiestas, con frecuencia en casa del vizconde Julio, donde podían dar rienda suelta á su fantasía vistiéndose trajes femeninos y sombreros empenachados, pintándose y perfumándose, para usar coquetería de mujer.

Manuel, admitido en su intimidad, recordaba las palabras de Juana.

—Su tormento está en querer imitar á las mujeres, de las cuales abominan.

Era como si concediesen á la mujer la superioridad que pretendían negarle.

Imitaban sus modales, su voz, sus languideces. Alguno se sentaba provocativo dejando ver sus piernas entre las faldas, otros movían la cabeza inclinándola de medio lado para oir con el ges-

to de perdiz ciega de las mujeres coquetas que fingen candor.

Todos tenían su nombre femenino tierno. Ellos ponían más espiritualidad que ellas en sus pasiones, parecía que sus espíritus se refinaban más y por eso eran más débiles y más exquisitos; mientras que ellas se hacían en una imitación superior más groseras, rudas y repugnantes. Ellos se hacían más amables, más artistas. Se notaba en todo: su cuidado, su limpieza; su modo de elegir el mobiliario, los detalles, los adornos; había una cosa que lo embellecía todo y que quizás atraía la envidia con que se escandalizaban los otros.

Parecía que comunicaban su feminidad á todo lo que tocaban, que lo embellecían todo. Si iban al café, mientras los amigos varoniles se cuidaban de beber ó fumar, ellos se entretenían en acariciar y como pervertir todas las cosas invirtiendo su sentido. Adolfito adornaba y vestía las botellas, les ponía gorritos de tres picos, de esos que hacen los niños con papel. En sus casas todo tenía lazos, flores, papeles picados, algo de esa profusión un poco cursi y muy virginal de las jovencitas provincianas que cuelgan retratos y objetos de cotillón, con la pila de agua bendita en la pared de su alcoba. En la casa de Pomerano tenía su palma del Domingo de Ramos adornada de lazos y no le faltaba á ninguno la cajita de recuerdos, rosas marchitas, cabellos envueltos en papel de seda ó guardados en un medallón y las cartas, aquellas cartas teresianas de un apasionamiento místico que cruzaban entre ellos. Hasta en las cartas que les dirigían los hombres varoniles se los trataba con una galantería femenil que ellos sugerían á todos de modo inevitable.

Todos sus objetos estaban decorados, la jofaina cubierta con el paño deshilado, ó de malla antigua, el tocador lleno de esencias. La afición á las esencias era tan característica que parecía como si con ella quisieran apagar el olor á hombre.

Otra de las predilecciones era la toilette, hacían todas las variaciones posibles para sacar partido de las escasas formas que permite la uniformidad del traje masculino. Sus armarios estaban atestados de ropa, y entre levitas, smokins y americanas no faltaban kimonos femeninos y algún que otro traje de cupletista que parecía un trofeo de amor varonil y que servía para su atavío íntimo.

Ropa interior de mujer que hacía suponer visitas de mujeres imaginarias. Siempre eran selectos, salvo en sus momentos de peleas pasionales, en las que se insultaban como verduleras. La palabra soez que les servía de calificativo no la toleraban jamás. Tiernos, románticos, quejumbrosos admitían para su aberración los calificativos de *exquisitos, decadentes, iniciados*; pero nada mal-

sonante. Tenían su director espiritual, su gran hombre al que admiraban y del que era un honor ser la favorita, algo del Satán de sus Sabbat al al que se inmolaban gustosos. En ellas, había más independencia. El prototipo era Adela, la Baronesa, pero se dividían las tendencias. Unas gustaban de la sobriedad del traje masculino, sin un adorno ni un encaje y otras abusaban de las gasas y de los accesorios, con una profusión provocativa y verdaderamente cocotesca.

Pero en medio de todo lo que sus reuniones tenían de misterioso, de ridículo y de cínico, de ruidosas, había siempre un gran dolor, el dolor de las vidas truncadas de todas aquellas criaturas que parecían haber alcanzado una mayor suma de sensibilidad artística, de gracia delicada, de compresión bondadosa; y que aparecían envueltos en aquella terrible malla de los anhelos imposibles é irrealizables.

Aquellos anhelos que implicaban tan gran dolor que habían llevado á algunos adolescentes al suicidio y había convertido á muchas de aquellas criaturas gastadas en eteromanos; para caer en la más baja y repugnante abyección porque aquí, en la sociedad mediatizada, con la que abiertamente no se atrevían á romper, el vicio se hacía sórdido, repugnante, y se atracaban de éter para caer en la estupidez, faltas de la pericia y la sabiduría de las extranjeras iniciadas en los refinamientos que pretendían imitar.

En vez de dar una impresión de perversión que suscitara el rencor ó la indignación, se les veía tan dolorosos, tan lamentables, que dejaban sólo lugar á un sentimiento de conmiseración piadosa.

IV

A la entrada del Vizconde y sus amigos se había producido un gran revuelo en el baile de la Zarzuela.

—Ahí van.

—Ahí van.

Se oía decir por todas partes. Por un momento se suspendieron las conversaciones, cesaron muchas parejas de bailar y todos miraron con interés.

—Son hombres disfrazados los que van con ellos—decían señalando á la cupletista y la bailarina, que eran las parejas del Vizconde y de Adolfo, los cuales, con la cara descubierta, conforme el reglamento, vestían trajes de Pierrot.

Un policía se acercó al Vizconde:

—Tenga la bondad de seguirme al palco.

Pero él, excitado por el ruido de la música y las voces parecía no oirlo.

—Tenga la bondad de seguirme—insistió de nuevo el policía.

El Vizconde creyó que se trataba de una broma de carnaval é hizo una cabriola diciéndole:

—Gua-Gua.

—¿Cómo se entiende? ¡Bromas á mí!—exclamó el policía con toda la soberbia de su autoridad herida.

Pero el Vizconde seguía saltando, agitando sus cascabeles de Pierrot, entre sus cabriolas y repitiendo:

—Guau, Guau—al mismo tiempo que las manos encorvadas en el aire daban ese compás de las patas de los perros que intentan levantarse sobre las patas traseras.

Adolfo y la bailarina acudieron presurosos á deshacer el error.

—Sígannos ustedes también—ordenó el policía, furioso.

—Quítense las *señoras* las caretas—ordenó irónico, en cuanto hubieron entrado en su palco.

—¿Con qué derecho se comete este abuso?—preguntó la cupletista.

—Obedezca...

La bailarina dejó caer el antifaz y aparecieron sus ojos pintados y su faz delgada, demacrada, huesosa, algo varonil. El comisario dudaba.

La Baronesa y Rosa las habían seguido hasta allí, y la primera se quitó también su antifaz preguntando burlonamente:

—¿No nos conoce usted?

—A usted, sí, señora, pero...

—Estas señoras son amigas mías y no está usted autorizado para someterlas á un registro...

—No, no, señora Baronesa... Dios me libre.. no es mi ánimo molestar. Me perdonarán una equivocación lamentable.

Y mientras todos salían del palco riendo á carcajadas, el comisario se dejó caer en la silla diciendo:

—¡Maldita plancha!... y lo peor es que, después de todo, yo no sé todavía si son ellas ó ellos

Aquel incidente aunque les hubiese hecho reir les había robado la alegría. La Baronesa entró en su palco y se sentó casi de espaldas al público.

—¿Qué tienes?—le preguntó su amiga.

—Nada... Vete á bailar.

Y se puso tranquilamente á fumar su cigarrillo.

El Vizconde llegó furioso.

—Todo esto son cosas de Adolfo, de ese alarde suyo, de este modo de presentarse... no sabe hacerse cargo de en qué país vivimos... hay que tener corrección... le he de dar una lección severa... si hasta en el cuartel le han impuesto un mes de arresto por hacerse el traje de rayadillo de seda... tiene la locura de la toilette.

En efecto, Adolfo tenía algo de más perfectamente femenil y atrayente que todos los demás. Había en él algo de bailarina envuelta en gasas, que tuerce los brazos hasta el delirio y trenza las piernas y las destaca en alto sobre su cabeza.

Cuando fué soldado de cuota, había llevado un aire de renovación al cuartel. Todos los días llevaba las cartucheras llenas de bombones que repartía entre sus compañeros, á los que obsequiaba además con cigarros y hasta con dinero.

Su tipo elegante, grácil, pálido, con las uñas miniadas, atraía la atención de los soldados, que sin darse cuenta se sentían sometidos por su sim-

patía amable y su encanto tiernamente femenil, mientras que él, por su parte, se sentía dichoso entre todos aquellos mozos jóvenes, rudos y fuertes, por los que experimentaba esa predilección de algunas aristócratas degeneradas hacia los cocheros y gentes del pueblo, ó la que inclina á los señores á buscar á las criadas y á las aldeanas zafias, como si fuese una ley de renovación, esta mezcla. Del mismo modo, muchos de sus amigos buscaban la compañía de chulillos, organilleros y gente joven, graciosa y avispada de la clase ínfima, mientras que otros, más degenerados, gustaban de la compañía de cobradores de tranvía, guardias de consumos, picadores, y gente ruda; al lado de cuya fuerza se sentían sometidos y felices.

—¿Qué es lo que vas á hacer tú?—preguntó asustado el Vizconde.

—Lo verás.

Y se levantó con ademán de salir del palco.

—¡No me des celos! — suplicó Adolfo.

Y con un movimiento lleno de gracia felina fingió enredarse en la cola de la bailarina y fué á caer en los brazos del Vizconde.

Este se caló el monóculo y le miró despectivo; pero vió tal dolor en el rostro del joven, que deponiendo su actitud airada le cogió por el brazo diciéndole:

—Vente conmigo al bufet. Ya te ajustaré yo las cuentas.

Y los dos amigos salieron del palco, perdiéndose entre la multitud de máscaras, entre las cuales pretendía abrirse paso la bailarina, llamando desolada:

—¡Adolfo! ¡Adolfito!

Las gentes abrían paso á los dos pierrots con la complacencia de presenciar un pequeño escándalo, correcto.

En un ángulo del salón, de pie, solo, distraído, como si toda aquella gente no existiese, estaba Manuel. Adolfo le dió un golpe en el hombro al pasar, al mismo tiempo que hacía una de esas cabriolas, medio salto medio brinco, propias de las máscaras, que parece que saltan sobre su disfraz más que sobre sus pies.

—¡Ahí la tienes, sabes!—dijo.

—¿Dónde?—preguntó el joven con ansiedad.

—En el salón... Va con Luisita.

A pesar de haber dicho estas palabras con naturalidad, Manuel creyó que las subrayaba burlonamente.

Mercedes y Luisita se habían hecho inseparables. Aquella amistad inquietaba á Manuel, siempre vigilante desde lejos á cuanto hacía su mujer, y que había llegado á ser casi feliz con aquella adoración á distancia, viendo que no se mezclaba en su vida ningún amor.

Tenía miedo de que la amistad que él había favorecido, pensando en que podría entregársela más fácilmente, la hubiese apartado de él; y sentía unos celos vagos, pero martirizadores de la amistad de Luisa. Había mirado todas aquellas cosas con la despreocupación del encanallamiento moral de su convivencia con todas aquellas gentes, de la tolerancia que había para ellas, como si las disculpase su originalidad; pero ahora se sentía herido, humillado en su alma, en lo más íntimo de sus afectos.

Empezó á recorrer el salón. "Si las máscaras llevasen siempre la misma careta las conoceríamos á todas", pensaba al ver los antifaces que le eran habituales, por llevarlos todos los años las mismas personas. Parecía que había gentes que no envejecían y que estaban como guardadas en una caja, como la semilla de los gusanos de seda, para germinar todos los años al calor del Carnaval, y presentarse, haciendo una sinalefa de días, como si el año anterior hubiera sido la noche última.

La fantasía no inventaba ya nada, á pesar de que cada uno creía en su novedad. Las mismas telas, los mismos antifaces, los mismos colores y los mismos disfraces. Todas las mujeres satisfechas por creerse más bellas que de ordinario; todos los hombres contentos de una renovación en las mujeres; todos libres del disfraz de todo el año merced al disfraz del traje, para entregarse más ampliamente á la animalidad. Un sello igual en todos, gesto, voz; el tipo máscara; que

da una humanidad diferente. Se comunicaba un vértigo de agitación, una alegría ficticia, obligatoria, de nervios. Podía verse qué poco sincera, qué poco de fondo era, como si todos hicieran esfuerzos por divertirse, por luchar contra su aburrimiento, contra el fastidio que los envolvía, como si merced á su disfraz se conocieran más por dentro.

Al fin encontró algo de lo que buscaba. Se acercó á una máscara sentada sola en el salón.

—Te conozco, Juanita.

—Pues no me lo digas, porque eso demuestra que no puedo disfrazar mi fealdad—repuso ella.

—Eres muy interesante y eso vale más que ser bonita. ¿Dónde te has dejado á Luisa?

Se nublaron los ojos de Juana como si los empañase una lágrima.

—No me hables de ella. Estoy desencantada, gastada, Manuel. Yo soy una pobre enferma, arrastrada por un sino fatal... había cifrado en Luisa el ansia de cariño que me atormenta; lo era todo para mí: madre, hermana, hija. Se ha roto todo, se ha quebrado todo... me siento morir.

Tenía también lágrimas en la voz. El olvidó sus propios dolores, lleno de lástima.

—Pero ella te quiere... en el fondo...

—No... no... ella es mala... mala.

Y Juana le confesó todos los pesares que había ido callando á lo largo del tiempo para no desacreditar á la que amaba.

Al principio ella también la había creído buena, frívola, inconsciente; pero era egoísta, malvada. Sostenía relaciones con el padre de su hijo para explotarlo, y lo engañaba continuamente con todos y con todas, haciendo del niño el instrumento de su insinuación, sin idea de lo augusto de su maternidad.

Aquel pobre niño rubio era como un prendido, un adorno de su traje, que ajaba y marchitaba en su exhibición. Lo llevaba con ella para hacerse más interesante; enviaba á favor de él sus miradas y sus besos procaces; y ya lo había enseñado hasta á llevar las cartas á sus amantes de ocasión. Era una desdichada criatura que si no moría de tisis ó meningitis, consumida por los vicios de revelaciones precoces, sería uno de esos viciosos, degenerados, carne de presidio ó de hospital.

—Me he separado de ella—dijo,—y ahora... con su nuevo amor no me echa de menos. Tiene un alma que corromper y herir.

Tembló él.

—Por caridad, Juana, quítame una duda que me martiriza.

—¿Pero tú no sabes?...

—No quisiera saber...

—¡Haces bien!

—Pero quiero saber...

—Después de todo es bien sencillo y no te debe importar...

—Pero...

—Juntas las tienes.

El se levantó vivamente.

—¿Dónde vas?

—A buscarla.

—¿Pero vas á tener celos tú, que decías...?

—¿Por qué no, Juana? Tú lo has dicho. Somos enfermos; pensaba siempre con terror en que otro hombre hiciese hablar los sentidos de Mercedes, pero no pensé en que me la arrebatara otro amor como el mío... Esta idea me enloquece... déjame...

Y se perdió corriendo entre el torbellino de parejas, mirando ansioso á un lado y á otro, queriendo conocer á Mercedes por un gesto ó un movimiento entre aquellas gentes, enmascaradas y vestidas con tan extraños y pintorescos trajes.

—Si fuera con un hombre—pensaba,—la conocería por él, pero así... ¡Imposible! ¡Imposible.

Algunos que lo conocían intentaban pararlo, otros le decían insultos al pasar.

Una mano se apoyó en su hombro, y un joven, con cara de perrito faldero le cerró el paso.

—¿Dónde vas?

Era un poeta sevillano que vino á Madrid muerto de hambre, y no logrando hacerse camino con sus versos lo había hecho con su figura, aunque su barba fuerte, que se obstinaba en salir á pesar del agua oxigenada y los depilatorios, era su desesperación.

Manuel se detuvo sin saber qué responder.

—Vente al bufete—insistió el poeta.—Me espera allí mi inglés.

—¿Quién?—preguntó Manuel maquinalmente.

—Míster Jhon; el amigo que me ha llevado este año á veranear. Es un hombre encantador.

Manuel lo siguió maquinalmente hasta uno de los ángulos más apartados del bufete, donde un caballero rubio, afeitado, grueso, apuraba una botella de Ron.

—Es su único defecto—murmuró el poeta,—y se sentó á su lado, cruzando las manos para que se le vieran los brillantes, con orgullo de entretenida, aunque las uñas sucias resaltaban bajo su brillo, como el cuello mugriento en contraste con la aristocracia de su monóculo.

Aquel monóculo tenía algo de grotesco, no le daba la distinción que tomaba en el rostro del Vizconde ni en el de los jóvenes aristocráticos; parecía trágico al lado de su suciedad, de su rostro vulgar granujiento, como el de esos perros sarnosos, de los que huyen los otros perros.

Los granos eran la desesperación del Poeta; se los cubría con la capa de crema y polvos, pero en su deseo de verlos desaparecer los tocaba y los infestaba con la mano sucia, de uñas negras, y salían colorados y morados por entre los agujeros de la capa de blanquete. La impresión que producía entre su afectada elegancia era la de un cachorro de mastín de cortijo, sucio y vulgar, al que hacía más lamentable su monóculo.

—¿Quieres tomar algo?—le preguntó á Manuel.

—Un ajenjo.

Lo miró con sorpresa.

—¿Pero tú también tomas esas cosas?

—Quiero beber esta noche, tengo sed... mucha sed.

El camarero volvió con una botella que dejó sobre la mesa.

Manuel apuró su vaso de un trago, y la quemadura de la garganta, no acostumbrada á la bebida, le llenó de lágrimas los ojos; pero á los pocos momentos sintió una sensación de bienestar; su sangre circulaba mejor y experimentaba un vigor nuevo; su paladar parecía deseoso de aquella impresión fuerte, y el estómago, encendido, sentía una sed ardorosa. Apuró otro vaso.

Iba á llenar el tercero cuando una mano lo detuvo. Mateo, con su cara de fosterrier estaba á su lado.

—No bebas... no seas tonto—le dijo y, sobre todo, no sigas aquí.

Y con un gesto de desprecio le señaló al poeta y al inglés, absortos en tan íntimo coloquio que se olvidaban de todo. Mister John parecía apoplético, con la mirada vaga y perdida mientras que el poeta jugaba despeinando su escasa cabellera rubia, larga y lacia, y dejaba ver, con el movimiento de sus brazos, las dos pulseras *esclavas* que llevaban todos ellos como distintivo, la una á la vista y la otra oculta á la altura del codo.

Manuel se levantó vacilante.

—Es asqueroso esto—siguió Mateo.—Cada uno puede ser lo que quiera... pero sin esta desvergüenza. Ese poeta tiene á gala la exhibición. Yo creo que es lo que más le gusta de todo. Me da risa verlo por las tardes en su coche por la Castellana con aires de gran cocota..., pero de cocota sucia, porque no hay nadie que logre que se lave y no lleve manchas y mugre en el traje.

Manuel asintió con la cabeza sin darse exacta cuenta de lo que le decían.

—Y luego, con esa barba—siguió el caballero, —no hay derecho á poner en ridículo al sexo. Así se siembra esa duda y llega el día en que no se sabe los que lo son ni los que no. Se desconfía de todo el mundo... Y la culpa es de estos...

Aunque el joven seguía silencioso, Mateo continuó hablando en voz alta, seguro de que en las mesas de al lado se le escuchaba; y continuaba con aplomo, en su costumbre de poner cátedra en todos los cafés y tertulias, lo mismo que en la acera ó en la plataforma de los tranvías.

—Lo malo es—decía,—que á todos los que de algún modo se destacan los complican en esta promiscuidad, ya no hay gran político, por barbado que sea, del que no se hable, ni gran actriz ó gran cómico á los que no se les achaque algo de esto... así cunde la moda.

—¡Qué más da!—acertó á decir el joven que entre la ofuscación de su mente hacía esfuerzos por buscar algo, como una idea, que se le había velado.

—¿Qué más da?—repitió Mateos.—Nada desde el punto de vista moral, mucho por la falta de distinción que lleva todo esto consigo. Es un arma que se le da al vulgo para que se burle y moteje á los que le son superiores.

Como si la suerte quisiera comprobar estas palabras, dos horteritas que pasaban cogidos del brazo cerca del Vizconde y sus amigos, lanzaron una sonora carcajada, y uno de ellos dijo al otro:

—¡Aparta! ¿A ver si estamos seguros?

—¿Lo ves?—preguntó Mateo.—Es lo que decía. Esa gente inmunda, á la que todos los hombres como el Vizconde desdeñarían siempre, se creen con derecho á ser deseados y...

Interrumpió Manuel ya más sereno.

—Las opiniones de esa gente no importan... Precisamente, como usted me decía antes, esto es cosa que se achaca á los grandes hombres y no á las gentes vulgares.

—Conozco el argumento—atajó Mateo.—Todos ellos pretenden legitimar su especie poniendo de manifiesto el ejemplo de los grandes hombres. Eso es una tontería, puesto que las virtudes de los grandes hombres no las imita nadie... y el que por una casualidad llegase á tener ó una virtud ó un vicio de esos grandes hombres ó grandes mujeres no podría parangonarse con ellos y...

Juana le cortó la palabra dirigiéndose á Manuel.

—¿Qué haces ahí?

El joven recordó todo lo que el ajenjo le había hecho olvidar á la vista de aquella mujer.

—¿No las has encontrado?—siguió ella.

—No.

—Pues están en el palco entresuelo número 9.

Manuel se levantó de un salto y escapó corriendo.

—¿Dónde va?—preguntó Mateo sorprendido.

—Pobre muchacho... te contaré...

Y Juana se acomodó en el sitio que acababa de dejar Manuel para contar la impresión que le había causado la noticia de la intimidad de Mercedes con Luisa. Mateo la oía sonriendo. Había en él, como en casi todos los hombres, una tolerancia para la pasión de la mujer á la mujer considerada como cosa frívola, de mera diversión, con la disculpa de la impunidad, puesto que su amistad, aunque despertaba malévolas interpretaciones, no llegaba jamás á constituir el deshonor oficial ni á tener otras funestas consecuencias. La mayoría de los hombres veían sin repugnancia aquellas amistades. Tenían para ellas la benevolencia que las mujeres acordaban á los afeminados. La sociedad era cada vez menos severa con unas y otros. Sin embargo al recordar lo inmutado que estaba Manuel dijo:

—Has hecho mal, Juana, en contárselo. Ese muchacho es un apasionado y esta noche ha bebido mucho. Ahora me explico algo de siniestro é inquietante que he notado en él.

—¡Bah! Es débil y apocado. No hará más que provocar un escándalo y estropearles la noche.

En este momento un enorme griterío resonó en todo el teatro.

—¿Qué es eso?—preguntaban algunas voces.

—Han herido á una mujer...

Todos se apretaban corriendo en dirección á la escalera.

—¿Dónde?

—En un palco entresuelo.

Juana corrió hacia allí empujando á la multitud. Se oían mil versiones distintas.

—Su marido.

—Su amante.

Pero bien pronto todo se explicó. Era un hombre el que había matado á aquella jovencita de

perfil purísimo y cándido, en el momento en que conversaba tranquilamente con una amiga en el antepalco.

Era el marido de la amiga, el que la había matado, Manuel, aquel ser degenerado y débil de quien todos se burlaban y que se creía incapaz de un arranque de dignidad viril.

Era Manuel que había matado por celos de su mujer, á Luisa, á aquella otra mujer que le había robado su cariño.

Había llegado á la puerta del palco impulsado por una fuerza fatal; la puerta estaba entreabierta, había oído la voz de su esposa afable y tranquila cerca de la otra... por un momento él había querido sonreir de aquella pasión de su mujer... unos besos frescos, libres, sueltos habían llegado á sus oídos... el rencor y los celos se habían ido agravando en él rápidamente... ni vió el sexo de su rival... ni las condiciones... ni nada. Hombre ó mujer, ¿qué más daba? Buscó su puñalito en el bolsillo y lo clavó de un golpe en el seno blanco de aquella mujer que le robaba su felicidad.

Allí estaba atónito, pasmado en su venganza, viendo muerta á Luisa y desmayada á Mercedes á su lado. No sabía si alguna estaba muerta ni cuál de las dos era. Se miraba la mano manchada de sangre, para cerciorarse de que él había hecho aquello. Había matado como un héroe de la España antigua, y sin embargo no tenía en favor suyo la simpatía que hay siempre para el hombre que venga su honor.

Aquel crimen sorprendía á todos como un acto de salvajismo injustificado. Aun siendo tan trágico, no acababa de ser trágico. No se comprendía el drama; no se concebía cómo aquel hombre débil y sin voluntad había podido matar por celos, unos celos ridículos, de otra mujer.

Parecía como si la pasión de los celos fuese sólo un egoísmo carnal de posesión, capaz únicamente de irritarse ante la usurpación llevada á cabo por otro hombre. Se comprendía al hombre vengando su honor no su amor. Ahora así, de repente, con la bárbara elocuencia de la muerte, aquel cadáver venía á demostrar que lo que habían creído una cosa frívola, era algo muy hondo, muy decisivo, muy pasional y muy dramático, capaz de gastar y entorpecer toda una vida. Aquel hecho de una pasión extraña y brutal, representaba un dolor nuevo, incomprendido, que arrojaba como prueba fehaciente de su existencia un cuerpo ensangrentado en medio de la concurrencia atónita ante el hecho incomprensible, pero decisivo. Se veía con estupor que en aquellas relaciones tan frívolamente consideradas, había algo más que un vicio ó un placer; había algo que tocaba al corazón. Era preciso prevenirse, era menester atajar aquella enfermedad, aquella fiebre, aquella viruela, aquel tifus, aquel cáncer, que aparecía tan arteramente; se imponía aislar, vacunar, curar á los enfermos. No podía consentirse la tolerancia si no se quería que la enfermedad se ramificase para corroer y comerse toda la belleza del ser moral: sus ojos, su boca, su corazón; llegando á convertirlo en algo descarnado y trágico.

Carmen de Burgos
"Colombine"

IMPRENTA DE "ALREDEDOR DEL MUNDO,,
:-- :--: FERRAZ, 82, MADRID :--: --:

La Lidia
TAURINA
REVISTA ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS LUNES

I. TANENNBAUM
Representante con depósito de la acreditada fábrica de Alemania de E. T. Gleitsman.—Dresden. Tintas y colores, barnices. Pasta para rodillos.
CARMEN, NÚM, 24.

LOS CONTEMPORÁNEOS
tiene establecido en Barcelona un centro en el «kiosco Colón», plaza de Cataluña, frente al Paseo de Gracia.

APARATOS
Y
DISCOS
MARCA:
"Gramófono"
"La voz de su amo"
Palabra y Marca Registradas
Aparatos "GRAMÓFONO" con ó sin bocina, desde 110 á 1.100 pesetas
LOS APARATOS QUE NO TENGAN ESTA MARCA NO SON VERDADEROS "GRAMÓFONO" ÉSTOS SOLO
LOS VENDE
UREÑA
En Madrid: PRIM, 1
CATALOGOS GRATIS

SEÑORAS: ¿Queréis tener un precioso cutis?

Complacida declare que Madame Rubinstein, es una maravillosa artista en la conservación de la juventud y la belleza.—LÁDY READWELL

Poderosísimo factor de la felicidad de la mujer son los atractivos físicos que cautivan á cuantos la rodean. Pero la belleza no es solo armonía de líneas, sino resplandor de inmaculado cutis, que todas podrían adquirir ó conservar usando EL VALACE, verdadero secreto de adorable belleza, que libra de arrugas, asperezas, barros y rojeces.

Quien EL VALACE usa, puede impunemente, correr á caballo, en automóvil, desafiar sol, nieve, viento, polvo.

Véndelo exclusivamente la celebrada artista vienesa Madame HELENE RUBINSTEIN, establecida en Londres y París, á 5,50 ó 10,50 francos tarro, según tamaño.

Los productos pertenecen á una serie de especialidades faciales con diversas aplicaciones.

NOVENA SUNPROOF and WINDPROOF CREAM, remedio contra estragos del sol, viento é inclemencias, 4,50 francos.

BAUME VERT, preservativo para los cutis extrasensibles á aquellas influencias, 13 francos.

NOVENA CERATE, eficacísimo purificador de la piel, 7,25 y 15 francos, según tamaño.

NOVENA POODRE, polvos grasos, 4,75, 7 y 14 francos.

Madame Rubinstein, invita á las damas españolas á que la escriban exponiéndola lo que desean y ella las contestará gustosa, indicándolas el tratamiento especial ó medio preservativo más adecuado á cada una.

Pueden escribir, con las señas para contestarlas á dicha señora, dentro de un doble sobre dirigido al Administrador de "Alrededor del Mundo,,. Apartado 216, Madrid, el cual remitirá dichas cartas á aquella señora que las contestará directamente.

JABÓN :-·: COLONIA :-·: EXTRACTO :-·: POLVOS DE ARROZ